

REVISION DE LIBROS/BOOK REVIEW

LA COMUNICACION ANIMAL UN ENFOQUE ZOOSEMIOTICO

Carles RIBA. Barcelona: Anthropos, 1990,
463 páginas, 2.250 pts.

En el estudio de la comunicación el ámbito de trabajo es el intercambio simbólico. Pero el símbolo no es un concepto unívoco, la semiótica posee un carácter interdisciplinario. Por eso Carles Riba emprende la tarea de integrar teoría y método de la Etología en el estudio de la Psicología Animal pertrechado con una herramienta: la semiótica de Ch. S. Peirce como una lógica de la acción.

La teoría de Peirce sobre el signo es una pragmática. Está formada por unos conceptos con carácter formal, hasta cierto punto vacíos de contenido. Esta es una de sus ventajas pues así, según sea el científico —matemático, lógico, lingüista, etc.— que use dichos conceptos los tomará en un sentido o en otro. Pero la Semiótica contemporánea es en muchos casos el resultado de perfilar y hacer más concretos esos elementos teóricos. A veces esto puede significar una traición a Peirce. El mismo afirmó que sus términos no podían permanecer vacíos, que era necesario psicologizar la pragmática. Esto es lo que hace Ch. W. Morris en su libro de 1938 *Foundations of the theory of signs* al darle a los conceptos un contenido conductual. Pero esto supuso un re-

duccionismo en el sentido de no contemplar los diferentes niveles que se dan en el análisis de la conducta. Morris, enmarcado en el proyecto de una ciencia unificada, reivindica un materialismo que más que solucionar los problemas los elimina. Adoptó una postura conductista acorde con las ideas de B. F. Skinner o J. B. Watson. Morris entendía la conducta como función de un evento ambiental. Si la conducta es un símbolo entonces su significado será las operaciones que el animal haga en función del ambiente en el que se desarrolle. El problema se presenta cuando dicho evento ambiental es pasado y el significado de la conducta es referencial, o es futuro y el significado es funcional. Entonces, si se quiere que nuestra teoría sobre la conducta sea explicativa es necesario apelar al concepto de representación, que es negado por Morris de acuerdo con su conductismo, pero no por Peirce, para quien la representación mental es el modo primordial de representación y fundamental para comprender el significado de un símbolo. Pero con esta defensa de las imágenes mentales Peirce no se instala en el dualismo ontológico cerebro-mente ya que considera que el pensamiento no es un fenómeno emergente del cerebro ni exclusivo de la cultura humana pues puede ser compartido por otros organismos. El pensamiento es inherente a los procesos naturales del mismo modo que la digestión es un proceso fisiológico del estómago. Más aún, como defiende Carles Riba en el capítulo 6 y ejemplifica en todo su libro, la

términología mentalista es prescindible en Peirce de manera que se puede sustituir mente por "se-miosis" o por "producción de significado" y "pensamiento" por "signo". Así no se cae en el reduccionismo conductual y se evita generar dualismo. La pregunta que surge para entender la comunicación como intercambio simbólico es cómo el animal con su actividad psicológica produce signos, cómo son recibidos por otro animal de la misma especie y cuál es la postura del observador.

Para Carles Riba al igual que para J. Von Vexküll no se puede negar la dimensión subjetiva al animal, desde ella y desde la posibilidad de comunicación entre investigador y animal se ha de construir su objetivación científica. El Umwelt animal es presentado como hipótesis válida en un intento de dar directrices metodológicas para la investigación en la cual proyectamos sobre los animales elementos constitutivos de nuestra estructura corporal y sensitiva del mismo modo que lo hacemos en el trato con los humanos. Es decir, suponemos en ellos la capacidad de elaborar imágenes mentales, de tener sensaciones o sentimientos, de producir significados. Nuestra capacidad para empatizar con ellos depende de la posibilidad de establecer homologías y analogías para lo cual estamos limitados por nuestra anatomía y fisiología. Nos es más fácil atribuir dolor a un animal si éste está próximo a nosotros en la escala evolutiva. Si golpeamos a un un mamífero sabemos que le dolerá pero si cortamos el rabo a una lagartija ya no estamos tan seguros. Aunque hoy en día esta facilidad para empatizar puede haber cambiado con la divulgación del mundo animal por los medios de comunicación. Los niños se han acostumbrado a ver a los canarios tan hábiles como a los cuervos y a hormigas con excelentes dotes comunicativas. La hipótesis del animal como sujeto de conocimiento supera la dicotomía de una visión del mundo que presenta a los animales como máquinas versus el hombre dueño de su libre albedrío.

El problema que se le plantea al científico es la necesidad de elaborar una segmentación correcta de la secuencia de signos, a partir de la

cual no se pierda el significado que le confiere el sujeto que la produce. La cuestión es "si los individuos de la especie son o no capaces de disecionar su conducta como lo hace el investigador, y si lo hacen así en situación natural, sin coerciones sobre su actividad" (pag 93). El problema es no si el observador puede dar traducciones del lenguaje animal sino si estas traducciones son semánticamente válidas o en qué condiciones resultan correctas. Con todo, el carácter borroso del significado de una señal animal no sólo es fruto de la interpretación humana, de la imposibilidad de una total validación de hipótesis al no poder acceder totalmente al Umwelt del organismo. Un cierto grado de polisemia está garantizado. La nitidez del mensaje varía con independencia de quién sea el interprete; si el mensaje transmite información sobre objetos posee un valor indexical que apunta hacia referencias nítidas, si la información es sobre emociones entonces será más difusa. Por otra parte el tipo de canal de información afecta a la limpieza del perfil de significación, no es lo mismo una señal óptica que una olfativa.

Nos encontramos de lleno metidos en problemas de descifrar códigos de comunicación animal; por tanto, en la dimensión zoosemántica de la semiosis. La semántica analiza cadenas de comportamiento social e interactivo y su interpretación está guiada por una lógica del cambio contextual. Es decir, a las señales se le asigna significados entendidos como contextos asociados a las mismas, como "representaciones" dentro de dichas cadenas. El flujo de señales que parte del animal puede entenderse como una secuencia de acontecimientos cuyo origen cabe situar en el ambiente y su fin en los efectos de la conducta sobre la misma parte del entorno que lo originó —o bien sobre otra distinta. El esquema de interpretación —Contexto antecedente, Señal, Contexto consecuente— es una proyección del triángulo semiótico de Peirce —Objeto, Signo, Interpretante— sobre el eje del tiempo y sobre las cadenas lineales de comportamiento. La semántica tiene dos dimensiones: una funcional, anclada en los hechos futuros, busca averiguar cómo es reci-

bido el efecto o en qué punto es aplicado dando lugar a una respuesta; la otra dimensión es referencial parte de la emisión como resultado de un ambiente previo captado por las estructuras perceptivas del animal. Con ambas dimensiones obtendremos un repertorio de significados y el etograma específico de la especie. Toda conducta incluida en él será significativa pues forma parte del patrón de adaptación de la especie.

En los capítulos 6 y 7 Carles Riba desarrolla ampliamente la dimensión semántica de la comunicación animal que es sin duda la que mayor peso relativo tiene en el conjunto de la obra. Una de las virtudes del libro es el uso de tablas y figuras que no son ad hoc, el lector se siente como un niño que anhela llegar a la figura siguiente, no porque el resto sea aburrido sino porque sabe que le proporcionará una imagen sinóptica relevante de lo que ha leído. La semántica podría confundirse con la pragmática puesto que infiere los significados del uso secuencial de los signos en un determinado contexto. En su favor cabe decir que es el resultado de un impedimento metodológico al no haber un código enteramente común entre el animal y nosotros por eso las descripciones de significado no pueden darse en el propio sistema estudiado con los propios signos animales.

La zoopragmática estudia la dimensión de la semiosis para la cual el significado depende del contexto. Su cometido es fijar los diferentes niveles de contexto en los que se desenvuelve la comunicación animal. Un mensaje proporciona información cuya relevancia depende de su posición con respecto a las exigencias del entorno. Por ello, el observador interpreta de modo diferente una señal si el ámbito de análisis es sólo el de esa señal en relación al estado interno de emisores y receptores, o si el contexto es la condición general del desarrollo de la conducta y por lo tanto, la señal nos informa de los aspectos adaptativos de la especie. Para poder obtener una versión completa de una unidad conducta/significado, es necesario poseer un código completo de las señales animales, puesto que el código funciona como contexto global de las conductas. Por lo tanto hay que confeccionar el etograma código

y aquí es donde entra en juego la dimensión zoolingüística.

La zoolingüística estudia la estructuración de señales, secuencias y códigos. La señal como conducta es un movimiento corporal. La sintaxis secciona las unidades morfológicas de la conducta, pero ésto se aleja de la tarea de una sintaxis estructural —que es la que habitualmente usan los lingüistas— y se encuentra con dificultades ante la variabilidad de la conducta que aumenta a medida que el animal está más corticalizado, siendo más difícil tipificar las unidades morfológicas.

Carles Riba concluye con un breve pero no superfluo epílogo después de un ingente esfuerzo reflejado en un trabajo metódico y global. El lector puede comprobarlo y él mismo tiene que esforzarse si quiere leer un libro que no es fácil. En el epílogo aboga por el uso del etograma como modelo de código que integre descripción, medida, interpretación y explicación. El etograma ha sido la herramienta clásica de la Etología pero no está de menos recordar a aquellos que se dedican a la Etología, Sociobiología, Psicología Animal, Psicología Comparada, etc., que no pueden permitirse el lujo de seguir haciendo relatos de diario de cacería sobre la conducta animal, contando aventuras sobre lo que hacen los animales. Han de elaborar un catálogo paciente y exhaustivo de comportamientos de la especie sobre el que después hacer interpretaciones.

Desearía que este libro contribuya a desterrar al hombre de su postura antropocéntrica desde la que ofrece la imagen de una única escala evolutiva en cuya cima aparece él. Su lenguaje no es el único resultado en una progresión de lo simple a lo complejo, sino que más bien es fruto de la adaptación de una forma de vida a un nicho ecológico particular. La comunicación implica diferentes procesos de interacción entre los organismos o entre los organismos y el medio. Estos procesos quedan reflejados en los códigos. El lenguaje humano es un código entre otros y por lo tanto supone modos de interacción que pueden ser compartidos por otras formas de vida

ya que éstas también se comunican; por tanto es posible la comparación entre procesos, pero estos han de ser vistos no en gradación sino como adaptaciones al medio. Hay que acabar con la idea de que se habla mal o bien según se use o no el lenguaje de los "césares" y reconocer que el hablante culto es aquel que es capaz de cambiar de registro lingüístico según el contexto.

Revisado por J. Antonio LOPEZ
MARTINEZ,
Departamento de Filosofía,
Universidad de Oviedo.



UNA APROXIMACION CONCEPTUAL Y METODOLOGIA A LAS ALTERACIONES CONDUCTUALES EN LA INFANCIA

M. Carmen LUCIANO, Granada: Universidad de Granada, 1989, 149 páginas.

Esta monografía, cuya referencia en el título a las alteraciones conductuales en la infancia y no a la psicopatología infantil sugiere ya la intención de abordar el tema desde una perspectiva particular, la del análisis de conducta, se desarrolla en seis epígrafes centrales. Historia, el concepto de normalidad-anormalidad de la conducta, el concepto de desarrollo, la evaluación y diagnóstico de la conducta, modelos explicativos del comportamiento y, finalmente, un capítulo dedicado a la metodología en la investigación sobre el comportamiento, lo que indica que se han recogido los tópicos más relevantes de la psicopatología infantil.

La sensación que produce este estudio tanto durante el proceso de lectura como a su finalización, es la de que cualquier distracción, por breve que sea, será suficiente para perder información relevante ya que las ideas principales se suceden rápidamente sin solución de continuidad entre párrafos. Asimismo, como otra característica general de la obra, destaca su originalidad en el entendimiento de la psicopatología infantil y

que, especialmente en castellano, son pocos todavía los trabajos que intentan abordar la cuestión desde el particular punto de vista del análisis de conducta. Este es quizá, el aspecto más interesante y novedoso de la obra por lo que la hace merecedora de una atenta lectura, en cuanto que permite aclarar muchos tópicos erróneos sobre esta perspectiva psicológica. Ahora bien, el hecho de que este trabajo deba considerarse como "una primera parte de un manual (docente) sobre las alteraciones conductuales infantiles", hace el ensayo se limite, en muchos casos, a una reexposición de conceptos ya conocidos y que, por el contrario, se omita un auténtico *ensayo* sobre los mismos.

Hechas estas consideraciones generales, decir que para este revisor diversas cuestiones le han llamado la atención por encima del resto. La primera de ellas se encontraría en el capítulo dedicado a los modelos explicativos de la conducta que se agrupan en organicista, intrapsíquico, conductual y cognitivo. En relación al modelo conductual, parece muy adecuado el esfuerzo de la autora en tratar de aclarar algunos malentendidos e ingenuidades que sobre este modelo, habitualmente, se refieren. Por ejemplo, se habla de una explicación mecanicista de la conducta. Es claro que esta crítica es tan solo válida en referencia a la formulación conductista de Watson para quien la conducta es el resultado de una influencia unidireccional del medio sobre el sujeto. Desde la perspectiva skinneriana, por el contrario, la explicación del comportamiento es siempre interactiva, de lo que se deduce que el sujeto no responde mecánicamente a la estimulación ambiental sino que la conducta aparece como consecuencia de la interacción entre sus operaciones y ambiente, de tal suerte que nunca el medio provoca una respuesta sin que el mismo se vea modificado. Del mismo modo, el conductismo radical no rechaza el estudio de los eventos privados y cuando se afirma esto es que se le está confundiendo con el conductismo metodológico. En este sentido, resulta muy interesante resaltar el análisis de los problemas que representa para el

cognitivismo la innecesaria división que esta formulación establece entre los procesos mentales y conductuales ya que, desde el conductismo radical se habría conseguido, en base al estudio de la conducta verbal, una formulación conceptual muy coherente de todos los procesos intelectuales, Skinner (1983), sin necesidad de recurrir a constructos mentalistas. No obstante y debido, probablemente, a la intención ya referida de este trabajo, se nota en falta un análisis en mas detallado de todos estos aspectos en base a actuales e interesantes contribuciones (Zettle y Hayes, 1982; Hayes, 1989). Asimismo, resultaría muy adecuada una exposición más en detalle de la teoría del desarrollo conductual de Bijou y Baer (1978) ya que es desde ésta, precisamente, y no desde la teoría del desarrollo psicosexual de Freud o cognitiva de Piaget, desde la que se pretenden exponer las alteraciones del desarrollo.

Otros de los tópicos que ha suscitado más nuestra atención es el referido a la evaluación diagnóstico de las alteraciones conductuales en la infancia. La autora rechaza los sistemas clasificatorios tradicionales, entre otras razones, por la reificación que acaba sufriendo cualquier categoría inicialmente descriptiva y por sus inconvenientes consecuencias sobre el sujeto al que se le aplica. Ante tal estado de cosas se propone una alternativa radical, a saber, la ausencia de clasificación. Esta sería sustituida por un juicio sobre las condiciones actuales de la conducta problema y sobre las variables responsables de su aparición y mantenimiento, lo que posibilitaría un diagnóstico específico y facilitaría la comunicación entre profesionales así como la replicación y comparación de resultados. Aunque esta propuesta conductista original puede resultar altamente atractiva, sus consecuencias prácticas han sido que propios terapeutas de conducta han acabado, en muchos casos, en los sistemas clasificatorios tradicionales (DSM-III), en busca de una categoría sintética de determinados problemas psicológicos. Por todo ello, no estaría de más el ensayo de un sistema clasificatorio estrictamente comportamental, tarea sobre la que quedaría mucho por hacer.

Finalmente, la propuesta de estudiar, la etiología de las alteraciones conductuales como consecuencia de la interacción del sujeto con el medio, a través de los estudios de prevención o tratamiento es sugerente y merecería ser ilustrada.

Se ha de agradecer a la autora su esfuerzo por hacer explícitos de un modo claro, razonado y sin posturas intermedias, conceptos fundamentales para poder comprender, desde la perspectiva conductual, los problemas del desarrollo. Una necesaria segunda parte de este trabajo, implícitamente anunciada, permitiría ilustrar y quizás profundizar en ellos.

REFERENCIAS

- Bijou, S.w. y Baer, D.M. (1978). *Child Development: A Behavior Analysis Approach*. Englewood Cliffs, N.Y.: Prentice Hall.
- Hasyes, S.C. (1989) *Rule-Governed Behavior. Cognition, Contingencies and Instructional Control*. N.Y.: Plenum Press.
- Skinner, B.F. (1983) *Conducta Verbal*. Mexico: Trillas. (Orig.1957).
- Zettle, R.d. y Hayes, S.C. (1982) *Rule-Governed Behavior: A Potencial Theoretical Framework for Cognitive-Behavioral Therapy*. En P. Kendall (ed) *Advances in Cognitive-Behavioral Research and Therapy, Vol. 1*, N.Y.: Plenum Press.

Revisado por Isaac AMIGO,
Departamento de Psicología,
Universidad de Oviedo



COMPUTERIZED ADAPTING TESTING: A PRIMER

Howard WAINER, Hillsdale, New Jersey:
LEA, 1990. 300 pp. + xvi. 45 dólares USA.

Este libro coordinado por Wainer y al que contribuyen Beil J. Dorans, Ronald Flaugher, Bert F. Green, Robert J. Mislevy, Lynne Steinberg y David Thissen, viene a cerrar una década de excelentes textos sobre evaluación psicológica, década que fuera abierta precisamente por

Lord (Lord, 1980) con un hito bibliográfico en el área. La razón fundamental de este florecimiento en los 80 hay que buscarla fundamentalmente en el impulso generado por los modelos de Teoría de Respuesta a los Ítems (TRI), que cambiarán por completo la tecnología psicométrica clásica. Este marco general proporcionado por la TRI (Andrich, 1988; Hambleton y Swaminathan, 1985; Hulin, Drasgow y Parsons, 1983; Weiss, 1983; Wright y Masters, 1982) va a permitir a las distintas subáreas un desarrollo propio sin precedentes, que tras varios años de investigaciones harán posible recoger los frutos en textos comprensivos. Así Holland y Rubin (1982) editan una monografía sobre Equiparación (Equating), Reynolds y Brown (1984) sobre Sesgo, Berk (1984) hace lo propio con los Test Referidos al criterio, Osterlind (1989) se ocupa de la Construcción de los ítems, Wainer y Braun (1988) sintetizan lo referente a la Validez, y Linn (1989) reúne en la tercera edición del clásico "Educational Measurement" a una pléyade de primeras figuras que dan cuenta de los principales desarrollos en las distintas áreas: Fiabilidad, Validez, TRI, Sesgo, Equating, Test Computerizados, etc. Para lo 90 todo parece indicar que esta tendencia va a continuar, incluso acentuarse, y, por ejemplo, SAGE en una nueva serie sobre medición ya tiene contratados libros sobre TRI, Teoría de la Generabilidad y Sesgo; la organización internacional "Internacional Testing Comisión" editará a Kluwer un extenso manual recogiendo los últimos avances en las distintas áreas, y LEA ya anuncia un monográfico sobre Sesgo, el tema de moda, últimamente rebautizado como Funcionamiento Diferencial de los Ítems (tal vez para cuando se publique esta revisión algunos de los textos citados ya estén en el mercado). Nótese que este desarrollo que ha ido convirtiendo los capítulos de antaño en monografías, no significa que la Teoría Clásica de los test haya desaparecido del panorama psicométrico actual ni mucho menos, prueba fehaciente de lo cual es la polémica reimpresión por LEA en 1987 del clásico por excelencia Gulliksen (1950), las nuevas edicio-

nes de los incombustibles Anastasi (1988, 6ª ed.) y Cronbach (1984, 4ª ed.), o la nueva edición de los Standards for Educational and Psychological Testing (1985); además de la aparición de nuevos textos como el excelente de Crocker y Algina (1986), o Brennan (1983).

Faltaba sin duda un texto que reuniera lo fundamental de las investigaciones de más de una década sobre Test Computerizados a Medida (no confundir, por favor, con test aplicados por una computadora), y ese será precisamente el objetivo del libro dirigido por Wainer.

Vaya por delante una nota frívola sobre el envoltorio, y es que da gusto ver y tocar el libro, una edición muy cuidada, que aunque habitual, no siempre ocurre con LEA; para mi gusto hubiese suprimido del título los dos puntos y lo que sigue, "A Primer", pues el libro no es tan elemental como para subrayarlo en el título, salvo que se tenga una sólida base de TRI, claro que en algunos lugares esto ya no se asume como parte de la cultura psicométrica; confieso además que nunca me gustaron los dos puntos en los títulos, pues para aclaraciones más vale pasar al interior.

El libro es sencillamente fundamental para todo aquel profesional cuya labor toque de algún modo la evaluación de variables psicológicas o educativas. En psicometría la época del mismo instrumentos para todos los sujetos sencillamente ha terminado, las nuevas tecnologías derivadas de la TRI permiten la administración del test más apropiado para cada sujeto, minimizando así el error de medida, y expresando no obstante los resultados en la misma escala. En el texto de Wainer se expone con claridad y a un nivel asequible el cómo hacerlo, los problemas implicados y las perspectivas de futuro, todo ello en nueve capítulos sin desperdicio. En el primer capítulo, escrito por el propio Wainer, se traza una breve pero interesante historia de la medición psicológica, tomada básicamente para los primeros años de DuBois (1970), libro, por cierto, fundamental y que lleva años agotados. Wainer ofrece una visión panorámica de los principales aspectos implicados en los Test

Computerizados a Medida (TCM), a los que luego se dedicarán los capítulos correspondientes. Green se ocupa de todo lo relativo al *equipo informático* implicado, hardware y software (capítulo 2), Flaugher hace lo propio con los *Bancos de Items*, fundamentales para la implementación de los TCM (capítulo 3), Wainer y Mislevy condensan en el capítulo 4 de las *nociones de TRI* que consideran necesarias para la comprensión y uso de los TCM. Los *algoritmos* necesarios para la implementación efectiva de los TCM son descritos por Thissen y Mislevy (capítulo 5), Dorans se ocupa del *Escalamiento y Equating* (capítulo 6), Thissen de la *fiabilidad* (capítulo 7), Steinberg, Thissen y Wainer de la *validez* (capítulo 8), y los autores terminan mancomunándose con un capítulo acerca del futuro. Este último resulta uno de los capítulos más interesantes del libro, apuntando los autores posibles soluciones para problemas aún planteados, así como las implicaciones de los TCM para la evaluación en áreas como Personalidad o Actitudes, con un gran potencial para aprovecharse de esta nueva tecnología. Todas las ejemplificaciones a lo largo del libro se hacen con una batería hipotética generada a tal efecto (GCAT), lo que ayuda al lector y da unidad a los diferentes capítulos.

Como no puede ser de otra manera unos capítulos son mejores que otros, y los especialistas en cada uno de ellos echarán de menos matizaciones varias, pero en general el libro ubica al lector en una buena plataforma de observación para entender lo que está pasando en los TCM, y por donde se prevee que pasarán las líneas calientes de investigación futura. Nuestro consejo al lector es que para una comprensión cabal del libro resulta imprescindible que antes de atacarlo se asegure de que sus conocimientos de TRI son apropiados, como mínimo a nivel de Berk (1985) o Muñiz (1990). Tal vez sorprenda a algunos lectores que autores tan clásicos en el área de los TCM como Mark D., Reckase o David J. Weis no colaboren en el libro, y aparezcan menos citados de lo habitual, pero ya se sabe, todos los colegios invisibles saltan a la

vista, de ahí su nombre, y el libro se ha nucleado en torno a investigadores en la nómina de Educational Testing Service, lo que puede echar una mano a Freud para explicar, por ejemplo, el olvidarse de citar el *MicroCAT* (Assessment Systems Corporation, 1984), único software comercializado en la actualidad para la implementación de TCM, y que más que acto fallido nos parece un fallo injustificado.

En resumen, todo lo dicho se puede sintetizar en las cinco amigables palabras: yo que tú lo leería.

REFERENCIAS

- Anastasi, A. (1988). *Psychological testing*. New York: Macmillan. (6ª ed.).
- Andrich, D. (1988). *Rasch models for measurement*. Beverly Hills, California: SAGE.
- Assessment Systems Corporation (1984). *User's manual for the MicroCAT testing system*. St. Paul, MN: Author.
- Baker, F. B. (1985). *The basis of Item Response Theory*. Portsmouth, NB: Heineman.
- Berk, R. A. (Ed.) (1984). *A guide to criterion-referenced test construction* (2ª Ed.) Baltimore, MD: The John Hopkins University Press.
- Brennan, R. L. (1983). *Elements of generalizability theory*. Iowa city, IA: American College Testing Program.
- Crocker, L. y Algina, J. (1986). *Introduction to classical and modern test theory*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Cronbach, L. J. (1984). *Essentials of psychological testing*. New York: Harper and Row. (4ª ed.).
- DuBois, P. H. (1970). *A history fo psychological testing*. Boston: Allyn and Bacon.
- Gulliksen, H. (1950). *Theory of mental test*. N. York: Wiley (reimpreso en 1987).
- Hambleton, R. K. (1983). (Ed.). *Applications of item response theory*. Vancouver: Educational Research Institute of British Columbia.
- Hambleton, R. K. y Swaminathan, H (1985). *Item Response Theory*. Boston: Kluwer Academic Publishers.
- Holland, D. W. y Rubin, D. R. (1982). *Test equating*. N. York: Academic Press.
- Hulin, C. L., Drasgow, F. y Parsons, C. K. (1983). *Item response theory. Application to psychological measurement*. Homewood, IL: Dow Jones-Irwin.

- Linn, R. L. (Ed.) (1983). *Educational Measurement*. New York: MacMillan.
- Muñiz, J. (1990). *Teoría de respuesta a los ítems*. Madrid: Pirámide.
- Osterlind, S. J. (1989). *Constructing tests items*. Boston: Kluwer Academic Publishers.
- Reynolds, C. R. y Brown, R. T. (Eds.) (1984). *Perspectives on bias in mental testing*. N. York: Plenum Press.
- Standards for educational and psychological testing* (1985). Washington, DC: American Psychological Association.
- Wainer, H. y Braun, H. I. (Eds.) (1988). *Test validity*. Hillsdale, N. J.: LEA.
- Weiss, D. J. (ed.) (1983). *New horizons in testing*. N. York: Academic Press.
- Wright, B. D. y Masters, G. N. (1982). *Rating scale analysis: Rasch measurement*. Chicago: MESA Press.

Revisado por José MUÑIZ,
Departamento de Psicología,
Universidad de Oviedo.



ENTRE EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD: MARCOS Y TEORIAS ACTUALES SOBRE EL COMPORTAMIENTO INTERPERSONAL

Federico MUNNE. Barcelona: PPU. 495 páginas. 3.180 pts.

Como sabemos, una de las consecuencias de la tan repetidamente citada "crisis" de la Psicología Social ha sido justamente la de "descubrir" que los psicólogos sociales se habían ocupado y preocupado muy poco de la historia de su disciplina, como pusieron de relieve, entre otros, Jones y Kronus (1979), Morawski (1979) o Samelson (1974). Por otra parte, a veces se ha ducho (por ejemplo Hagstrom, 1965) que la preocupación de una disciplina científica por su propia historia es un síntoma de madurez. Pues bien, si todo ello es así, entonces la "crisis" de nuestra disciplina ha servido para dar mayor madurez a la Psicología Social, ya que a partir de ella, y como una de sus consecuencias, los psicólogos sociales comenzaron a preocuparse de

su historia (Buss, Baumgardner, Bramel, Hendrick, Jones, Morawski, Samelson, etc.), aunque ello no era algo absolutamente nuevo, ya que existían importantes, aunque escasos, antecedentes (Karpf, 1932; G. Allport, 1968).

En esta línea "historicista" se coloca el libro de F. Munné que estamos comentando: al exponer cuidadosa y exhaustivamente el elenco de las teorías psicosociales existentes, traza una muy completa historia de la disciplina, desde luego mucho más completa, a mi modo de ver, que la que suele verse en los textos análogos al uso (Deutsch y Krauss, 1970, o Shaw y Costanzo, 1982, por ejemplo). Y ello es así porque, como el propio Munné afirma en el Prefacio, este libro, en contra de lo que es usual, "no se refiere sólo a las teorías en la Psicología Social, sino que también se refiere a los marcos teóricos de la misma". Pero el libro va más allá de las preocupaciones meramente históricas, ya que, en términos del autor, "la preocupación de fondo de estas páginas es el hecho del pluralismo teórico, tan escasamente afrontado en nuestro campo, como problema epistemológico".

Otra característica de este libro, que es de agradecer, es su apertura al mejor y más útil y fructífero de los eclecticismos. Acostumbrados a menudo a libros "de escuela", el de Munné se nos presenta como una puerta abierta al aire fresco de la libertad científica y del pluralismo tanto metodológico como, sobre todo, teórico. Y todo ello desde una perspectiva crítica, crítica llevada a varios niveles: a nivel científico, a nivel epistemológico e incluso a nivel ideológico, pues como Munné señala, "la crítica externa cumple, pues, un cometido insustituible. Gracias a ella lo ideológico puede entrar en el Santuario del objeto, y pone de manifiesto el objetivo que le confiere un sentido pleno. Es, en definitiva, más importante que la crítica interna. Sin la crítica externa, el campo científico queda en manos del monismo. Y el imperialismo sería indesbancable" (p. 51).

No se trata, pues, de un libro ideológicamente aséptico. Ni lo es ni lo podría ser. Pero es que tampoco pretende serlo. En este sentido, no

estaría de más recordar la afirmación que hace casi 20 años hacía Serge Moscovici: "Cuando la Psicología Social empiece a ser peligrosa, comenzará a ser una ciencia".

En línea con lo anterior, decía Gross en 1974, en el libro editado por Armistead, que "la función ideológica esencial de la Psicología Social positivista consiste en despolitizar la ciencia social y presentar una imagen de ella como de un dominio neutral y objetivo...". De ahí que se suele amputar gravemente a la Psicología Social y, sobre todo, la Psicología Social Marxista. Pues bien, el libro de Frederic Munné supera estas dificultades, dedicando, por ejemplo, casi ochenta páginas (un 20% del libro), a la Psicología Social Marxista.

Es más, este libro contradice también, en mi opinión, la imagen que, según Erika Apfelbaum, posee el sujeto de la Psicología Social, que se parece, según ella, más a la imagen del sujeto que tiene Skinner que a la que tiene Tolman. El sujeto de la Psicología Social de Frederic Munné va incluso mucho más allá de la imagen que del sujeto tiene el propio Tolman, incluyendo también las imágenes de Jung, Adler, Marx, Sartre o Heller, imágenes, por otra parte, casi totalmente ausentes de los manuales de Psicología Social, particularmente de los norteamericanos.

En suma, y como señala José R. Torregrosa en el Prólogo al libro que estamos comentando, éste se inscribe en la vertiente reflexiva de la labor científica, vertiente reflexiva que en absoluto tiene menos valor y dignidad que la empírica. Es más, estoy totalmente de acuerdo con Torregrosa cuando dice, en el citado Prefacio: (p. 14): "...el libro va suscitando la necesidad de pasar de la teoría a la teorización, de la codificación de conceptos al uso de los conceptos, de la organización del inventario al ejercicio de conceptos al uso de los conceptos, de la organización del inventario al ejercicio de intelección. Desempeñar tal cometido es el sentido de todo libro de teorías, como lo es, en último instancia, el de todo trabajo científico. Pero en un contexto de desequilibrado esfuerzo hacia la observación,

en que el término investigación parece denotar sólo la investigación empírica, y en que todo esfuerzo de reflexión teórica es recibido con auto-suficiente desconfianza y displicente sorna, subrayar la primacía del momento teórico puede servir de saludable antídoto. El riesgo de la especulación incontrolada no es mayor que el del empirismo trivial. Equidistante de una y otro deben orientarse los esfuerzos hacia una teorización fundada".

Una última característica que, a mi modo de ver, posee este libro, y que quisiera subrayar, es su clara incrustación en la Psicología Social Europea, que, como sabemos, es más social y más crítica que la americana. En efecto, el libro de Munné es europeo no sólo por el origen de su autor, sino también por el enfoque social y crítico que utiliza y también porque incluye las corrientes y los autores europeos al mismo nivel que los americanos (Moscovici, Escuela de Ginebra, los psicoanálisis Adler o Jung, la Escuela de Bristol, el Grupo de Berlín, la Escuela de Frankfurt, el marxismo francés, la Psicología Social Soviética, etc, etc..).

Por otra parte, y entrando ya en la estructura del libro, Frederic Munné lo divide en seis capítulos, de los que el primero ("*Sobre el pluralismo teórico y el imperialismo en las ciencias sociales*") es el principal y el eje de toda la obra. Más aún, a mi juicio todo el libro debe ser interpretado según los supuestos de este primer capítulo, hasta el punto de que creo que al lector le sería muy conveniente volver a leer este capítulo otra vez al terminar el libro. Defiende Munné en este primer capítulo, en línea con su anterior obra "*La construcción de la Psicología Social como ciencia teórica*", un pluralismo epistemológico muy señalado. Y es que, de forma parecida a los planteamientos expuestos hace poco por Amalio Blanco en su "*Cinco tradiciones en Psicología Social*", subraya Munné (pp. 51-52) que el comportamiento interpersonal "presenta un contenido multiforme que requiere pertrechar múltiples enfoques para ser aprendido en su totalidad". Esos "múltiples enfoques" los expone Munné en los siguientes capítulos: Cap. 2: *El*

psicoanálisis Social; Cap. 3: *El conductismo social*; Cap. 4: *El sociocognitivismo*; Cap. 5: *El interaccionismo simbólico y tendencias afines*; Cap. 6: *La psicología social marxista*.

De todos estos cinco capítulos, pienso que el último es el fundamental y posee un interés especial, aunque sólo fuese por la sencilla razón de que no suele ser frecuente verlo en los textos al uso. Por el contrario, ha sido la marxista una corriente psicossocial casi totalmente desterrada de los textos y manuales de Psicología Social, particularmente de los norteamericanos. Baste con recordar el éxito que en la segunda mitad de los años 30 tuvo en los Estados Unidos el libro de J.F. Brown, "*Psychology and the social order*" (1936) y el silencio tan absoluto en que entró en las décadas siguientes, dado que pretendía de alguna manera unir las teorías de Lewin, Freud y Marx. Es más, la primera edición del prestigioso "*Handbook of Social Psychology*", de Lindzey y Afonso (1968-1969) sí le cita, pero ocultando su vertiente marxista.

Pues bien, Munné no solamente incluye las teorías psicossociales marxistas, sino que, como ya hemos dicho, le dedica casi el 20% del libro, donde analiza, por una parte resumiento y por otra ampliando su anterior libro "*Psicologías Sociales marginales*", la Psicología Social soviética y su área de influencia, la psicología social del marxismo francés, el freudomarxismo y la psicología social marxista fenomenológica.

Lo fundamental de este sexto capítulo, lo repetimos, estriba principalmente en el hecho de que no suele ser fácil encontrarlo en los textos de psicología social. Antes por una razones u ahora, tras la caída de los regímenes socialistas en el Este, por otras. Sin ser marxistas, pienso que se puede admitir, a poco que se recapacite, que no tiene Marx hoy día menos razón —ni más— de la que tenía antes de caer el Muro de Berlín. En consecuencia, los supuestos psicossociales de Marx poseen hoy días tanta validez —o tan poca— como hace unos años. Ni más, ni menos. Pero, se pregunta el propio Munné: ¿es que hay una Psicología Social en Marx? Y él mismo responde (p. 340): "No la hay como una teoría ex-

plicitamente formulada, pero sí se encuentran en su obra conceptos psicossociales, como los de alienación y conciencia de clase, una concepción psicossocial de la naturaleza del individuo (la famosa tesis VI sobre Feuerbach), y numerosas descripciones y análisis de determinados comportamientos psicossociales concretos". Y por supuesto, me parece difícil de mantener las posturas que, como la que defendía la *Revista de Psicología Social* en su hasta ahora último Editorial (1990, Nº 2-3), creen ver en la caída de los regímenes del Este una victoria del psicologismo en Ciencias Sociales. Eso sería como confundir la velocidad con el tocino, por decirlo vulgarmente.

Creo, no obstante lo dicho, que este libro de munné, como todos los libros, podría haber sido mejorado en algunos aspectos. Por no extenderme más, sólo mencionaré tres:

a) Con el primero, bastante inevitable, me refiero a que algunas corrientes o autores no han sido suficientemente tratados, como es el caso, por no poner sino un par de ejemplos, de "La personalidad autoritaria", o la obra de Lacan. Y digo que este inconveniente no es fácilmente evitable porque para analizar exhaustivamente todo el material que incluye el autor, se hubiesen necesitado cinco o seis volúmenes como este.

b) En segundo lugar, me hubiera gustado, aunque soy consciente de las dificultades de diverso orden que tal tarea le plantearía al autor, haber visto un mayor desarrollo de la Psicología Social española, tanto de la que actualmente se hace en nuestro país, como de la que anteriormente a la institucionalización de la Psicología en España. Por no poner sino un solo ejemplo, a Ortega y Gasset sólo le cita Munné una vez, y absolutamente de pasada.

c) Finalmente, y esto sí hubiera sido fácil de hacer, la inclusión del año de nacimiento de los autores le hubiera facilitado al lector el seguimiento de una cierta sucesión cronológica de autores y escuelas, así como relacionar unos y otras.

En conclusión, se trata de un libro que, en mi opinión, hacía falta, al menos en el mundo de habla hispana, y que añade nuevas y muy positivas características a los ya existentes en el ámbito anglosajón (Deutsch y Krauss, Shaw y Costanzo, etc.).

Para terminar, quisiera señalar que el libro que estamos comentando refleja en gran medida la definición que José Ramón Torregrosa daba en 1985 de Psicología Social: "... entiendo la Psicología Social como un esfuerzo intelectual sistemático por comprender la experiencia y la conducta humana en virtud de los nexos reales, imaginarios y simbólicos que vinculan a los hombres en su vivir cotidiano; un esfuerzo congruente, perseverante y sistemático para entender mejor la condición humana, en virtud de que esa condición humana es constitutivamente social y simbólica". A mi modo de ver, el libro de Munné constituye un desarrollo extenso de tal definición, por lo que no podía dejar en el tintero ninguna de las grandes corrientes teóricas que a lo largo de todo este siglo han enriquecido nuestra disciplina.

Revisado por Anastasio OVEJERO
BERNAL,
Departamento de Psicología,
Universidad de Oviedo.

.....

IN SEARCH OF HUMAN NATURE. THE
DECLINE AND REVIVAL OF DARWINISM
IN AMERICAN SOCIAL THOUGHT¹

Carl N. DEGLER. New York: Oxford University Press. 400 páginas, 24,95 dólares USA.

Cualquiera que haya vivido lo suficiente habrá visto oscilar en las ciencias sociales el péndulo herencia-medio: desde la herencia en las

(1) Psicothema agradece al New York Times el permiso concedido para publicar esta revisión que apareció en el New York Times Book Review de 17-3-91

primeras décadas del siglo, hasta el medio en los años 30, 40, 50 y 60, para volver otra vez a la herencia en los 70, 80 y 90.

"In search of human nature" es una crónica del debate herencia-medio y una historia magistral del eco de las ideas darwinianas tanto a nivel popular como en el pensamiento de los científicos sociales. Carl N. Degler, claro admirador de las ideas sociobiológicas contemporáneas, y distinguido historiador de la Universidad de Stanford, que ganó el Premio Pulitzer en 1972 por su libro "Neither black nor white", argumenta que los conceptos darwinianos de instinto, heredabilidad y explicaciones biológicas de la conducta han vuelto, eso sí, ahora sin el racismo, sin el sexismo, sin la eugenesia y sin recurrir a la leyenda de la inferioridad inherente a los no-civilizados y a los pobres. Sospecho que el Sr. Degler está en lo cierto en lo tocante a la vuelta de la biología.

Igualmente reveladora fue la conferencia "Tres vivas a la genética conductual", pronunciada por Sandra Scarr, presidenta de la asociación de genética conductual. Aunque empezó hablando elocuentemente en contra de la inquietante idea de que en lo tocante a la inteligencia innata algo funciona mal en los niños negros, acabó concluyendo que "las diferencias de cociente intelectual entre las clases sociales son en su mayor parte genéticas".

Uno de los mensajes básicos de su conferencia fue que los hijos de padres exitosos funcionan mejor en la vida porque tiene mejores genes, y aquéllos que creen que cualquiera puede llegar a presidente no tiene muy buena opinión del cargo.

Otro signo de los tiempos apareció en el número de invierno de la revista The Public Interest. En él publicó un ensayo Richard Herrnstein, psicólogo de la Universidad de Harvard, en el que criticaba duramente a los científicos sociales y a los políticos por suprimir el debate acerca de las bases biológicas de las diferencias raciales, urgiéndoles a considerar "la posibilidad de que los diferentes resultados (en logros intelectuales, criminalidad y salud entre los negros y

los blancos) sean también producto de las diferentes dotaciones medias de las dos razas”.

La tesis del Sr. Degler es que tales explicaciones biológicas de las diferencias entre grupos fueron dominantes en el pensamiento social occidental desde los tiempos de Darwin hasta finales de los años 20, cuando fueron excomulgadas del discurso culto y académico. El Sr. Degler señala que aunque el propio Darwin consideraba las diferencias raciales como insignificantes, sus ideas acerca de las raíces biológicas de la conducta humana condujeron al darwinismo social. Considera que el propio Darwin al plantear que los salvajes no reunían las condiciones idóneas para la civilización dio pie inintencionadamente a los planteamientos de las diferencias genéticas entre grupos.

Señala el Sr. Degler que entre 1880 y 1925 cualquier científico podía escribir sin ningún problema en publicaciones científicas acerca del instinto maternal de las mujeres o del instinto de caza de los hombres. Cualquier persona culta podía considerar a los hombres como “no ligados a sentimientos tales como la compasión y por tanto completamente desprovistos de cualquier tipo de concepciones morales”. Uno podía confesar en público que en lo tocante a las buenas cosas en la vida —inteligencia, moralidad, carácter— los negros, amarillos, mediterráneos o los blancos del este de Europa, tenían genes más bien malos. Los manuales de Sociología podían establecer que “el *nigro* no es simplemente un negro anglosajón deficiente en la escuela”. Ensayos en *The American Journal of Sociology* podían proclamar que “no hay razón para que las razas no puedan diferir tanto en rasgos intelectuales y morales como es obvio que difieran en rasgos corporales”, y es un error “someterlos a los mismos métodos de gobierno”.

Recuérdese el caso de Al Campanis, un ejecutivo del equipo de beisbol Los Angeles Dodger, que fue despedido en 1987 después de una famosa entrevista que le hicieron para el programa de televisión *Nightline* en la que dijo que “realmente creo que ellos (refiriéndose a los negros que son mayoría como jugadores de beis-

bol) tal vez no sientan la necesidad de ser, por ejemplo, manager de campo, o manager general”. Tales sentimientos no hubieran suscitado ninguna atención 70 años antes.

Pero en los años 20 las explicaciones biológicas para las diferencias grupales se convirtieron en tabú. Según el Sr. Degler, estas ideas fueron prohibidas fundamentalmente por razones ideológicas y políticas. La coalición liberal de Roosevelt, las nuevas remesas de emigrantes europeos y las migraciones de los negros hacia el norte favorecieron la igualdad de oportunidades para los desfavorecidos, así como lo hicieron los educadores, simpatizantes con los grupos oprimidos, y deseos de asumir que las diferencias entre grupos en rendimiento intelectual, conducta, talento e interés eran fundamentalmente el resultado de la discriminación social y educativa.

Algunos de aquellos educadores liberales, especialmente psicólogos y sociólogos de la Universidad de Chicago, entre los que se encontraba John Dewey, George Herbert Mead y William I. Thomas, ya habían cuestionado antes la idea de que las mujeres tenían limitaciones debido a su naturaleza. Otros, incluyendo a John B. Watson y B. F. Skinner, atacaron la idea del instinto humano argumentando que cualquiera podía ser enseñado para ser o hacer cualquier cosa. Y antropólogos como Franz Boas, Robert Lowie y Alfred L. Kroeber se esforzaban en establecer que aunque todos los individuos no están igualmente dotados, todos los grupos raciales son similares en su dotación, y las diferencias en cultura y logros no tiene nada que ver con las diferencias protoplasmáticas de la tribu. Pero el Sr. Degler considera que estos liberales arrojaron el niño al agua sucia. Para 1930, cualquier mención de conceptos darwinianos tales como instinto, ajuste reproductor, ascendencia, crianza o la supuesta continuidad entre los humanos y los animales era tan inaceptable como realizar vergonzosas comparaciones entre grupos. Incluso antes de los horrores del nazismo, las explicaciones biológicas eran consideradas en el mejor de los casos como anticuadas y excéntricas, y en el peor como peligrosas y políticamente incorrec-

tas. Prestar atención a las diferencias entre grupos llegó a ser considerado como antiamericano. Por miedo a que la idea de herencia reforzara estereotipos despreciativos perjudiciales para los derechos individuales, se estableció una cláusula de protección igualitaria alrededor de la investigación científica.

Pero resultaría a pesar de la experiencia de la guerra con las teorías de superioridad racial, el interés continuado de los biólogos y algunos psicólogos en la determinación genética de la inteligencia y otros rasgos fue irreprimible. Dice el Sr. Degler que las ideas darwinianas volvieron del exilio inmediatamente después de la segunda guerra mundial, en septiembre de 1946, durante una famosa conferencia sobre genética y conducta social organizada por el Jackson Laboratory at Bar Harbor, Me. De acuerdo con el Sr. Degler fue precisamente allí donde los biólogos comenzaron un exitoso contraataque contra los "conductistas y enemigos del concepto de instinto", pudiendo verse ahora los efectos de aquel ataque. Para el Sr. Degler, los trabajos del etólogo Konrad Lorenz, del zoólogo William D. Hamilton, el sociobiólogo Edward O. Wilson y otros muchos evolucionistas, dejan claro que los conceptos neodarwinianos han sido restaurados al lugar que les correspondía dentro de las ciencias sociales. Pero ahora, sugiere, los biólogos han fijado sus ojos en los común de nuestra naturaleza humana —la evolución de la moralidad, dimorfismo y el tabú del incesto— y no en las diferencias entre grupos étnicos y raciales.

A pesar de que el Sr. Degler presenta algunas tesis provocativas, emplea la mayoría del tiempo en llevarnos en un espléndido, documentado e ilustrativo tour a través de los textos, para mostrarnos la aceptación, rechazo y vuelta a la aceptación del pensamiento bisocial desde finales del 19 hasta nuestros días.

Su excursión incluye una ojeada a una copia inédita del trabajo de Gregor Mendel sobre genética que fue encontrado en la biblioteca personal de Darwin; o a oscuras tesis doctorales feministas de finales de siglo en la Universidad de Chicago; las conferencias impartidas en 1921 en

la Universidad de Harvard por el teórico de los instintos William MacDougall; las cartas y ensayos de Franz Boas abogando por los matrimonios cruzados como antídoto del prejuicio; y textos recientes sobre la genética del altruismo y los debates acerca de la sociobiología.

En el tour del Sr. Degler uno también aprende cosas notables acerca de algunas de las personas que han moldeado el pensamiento del siglo 20: Alfred Russel Wallace, uno de los fundadores de la teoría de la evolución, terminó creyendo que el cerebro humano era demasiado especial para haber sido moldeado por la evolución, lo que le condujo a postular una inteligencia superior y abrazar el espiritualismo; Franz Boas, el padre de la antropología americana, que suele ser considerado como un relativista cultural, creía que "detrás de todas las culturas yacía realmente un sistema común de valores, especialmente manifiestos en la cultura de los europeos"; y Margaret Mead, que suele ser tildada como una determinista cultura extrema, se tomó gran interés en los fundamentos biológicos de las diferencias de género, considerando que las mujeres estaban peor dotadas para la guerra.

También descubre que a finales de los 70 requería coraje defender como lo hizo la socióloga Alice Rossi, que "las diferencias entre hombres y mujeres no son simplemente una función de la socialización, producción capitalista, o patriarcado", asimismo se aprende que los sociobiológicos dicen haber refutado una de las asunciones básicas del psicoanálisis —el principio del deseo incestuoso— sin que la mayoría de los psicoanalistas parezcan haberse dado cuenta de tal hecho.

Uno de los puntos más sorprendentes es cuando el Sr. Degler afirma que los partidarios de la eugenesia de primeros de siglo, que proponían la esterilización forzosa de los retrasados mentales y criminales, eran un grupo de liberales. Después de la derrota de la exquisita noción ética de Lamark de que las características que uno adquiere por medio del esfuerzo personal y el uso se pasan biológicamente a futuras generaciones, no parecía haber incentivo biológico para trabajar duro. En el nuevo mundo científico men-

deliano el esfuerzo personal no tenía ya efecto sobre los propios genes. No había premio. Los niños no podían confiar en los beneficios plasmáticos debidos al esfuerzo de los padres.

Pero el primo de Darwin, Sir Francis Galton, y creador del movimiento eugenésico, encontró un rayo de luz en la nube mendeliana. Empezó a promover la esperanzadora idea de que aplicando los principios de la crianza de las plantas y los animales a los humanos el mundo se convertiría en un lugar mejor. Todo el mundo en las futuras generaciones podría estar en el 10% superior. Con una planificación a largo plazo y algunas restricciones en el no regulado mercado de los genes, la especie podría verse libre de enfermedad, criminalidad y estupidez. Así en 1911, cuando muere Galton, el mundo estaba lleno de optimistas y reformadores eugenistas: Charles Elliot, rector de la Universidad de Harvard, Sidney y Beatrice Webb, o Winston Churchill. Curiosamente, el Sr. Degler nos recuerda que fue la Iglesia Católica Romana, y los estados del sur, y no los vanguardistas y más científicos del norte, los que más resistencia opusieron a las leyes de esterilización.

Sin embargo el libro no está exento de defectos. La mayor laguna es que el tour intelectual del Sr. Degler es mucho más sólido que la defensa que hace de su tesis. Sin tratar de criticar un trabajo tan bien hecho, sin embargo soy escéptico acerca de varias cuestiones.

La tesis de que la biología ha vuelto, pero no como una explicación de las diferencias grupales., sólo se puede sostener, me parece a mí, relegando a las notas a pie de página la mayoría de la literatura sobre genética conductual. Quizá el Sr. Degler juega seguro con tópicos tabú al acercarse a las ansiedades contemporáneas. Pero sea cual sea la razón, su interesante historia decae después del encuentro de 1946 en Bar Harbor. El inevitable y maravilloso hecho de la diversidad humana y variedad cultural se pierde en una ola de entusiasmo por los logros de los nuevos biólogos, quienes en el tópico de las diferencias grupales, tal como lo presenta el Sr. Degler, parecen evasivos y con muy poco nuevo que decir.

Por ejemplo, la posición sociobiológica contemporánea que el Sr. Degler atribuye a E.O. Wilson — que las diferencias entre especies son fundamentalmente genéticas pero las diferencias entre los grupos humanos fundamentalmente aprendidas — podría fácilmente haber sido escrita por Franz Boas, Alfred Kroeber o Ruth Benedict, o casi cualquier otro determinista cultural o teórico del aprendizaje de los años 30-40. Se eluden así las posibles implicaciones de la sociobiología.

La auténtica noticia en 1991 es que con la vuelta de la biología social, el estudio de la biología de la raza, de la cultura y de las clases sociales no puede estar muy lejos. Liderado por investigadores que consideran que bien sea la temática de la intolerancia a la lactosa, el razonamiento matemático o la timidez, la posibilidad de la determinación genética de las diferencias grupales es un tópico apropiado para la investigación científica, tal como lo era en 1890.

El Sr. Degler más que enfrentarse a este significativo y arriesgado debate intelectual lo rehuye.

Además el Sr. Degler no trata de desarrollar una teoría creíble del papel del dogma en la ciencia. Por ejemplo, argumenta que las explicaciones biológicas de la conducta social dejaron de estar de moda durante la época de Roosevelt por razones políticas e ideológicas. Y aunque esto no deja de ser plausible es presentado como una línea desechable. El Sr. Degler apenas intenta analizar cuáles podían haber sido aquellos objetivos políticos. ¿Estaban los enemigos de las explicaciones biológicas tratando de asegurar un tratamiento equitativo para todos independientemente de su grupo de pertenencia, o estaban tratando de formar nuevos grupos de interés (por ejemplo, sindicatos) no divididos por odios étnicos, raciales o de género, o tenían otras razones?

El análisis del dogma es incluso menor cuando el Sr. Degler aborda las doctrinas del panorama biosocial contemporáneo. Está tan impresionado por ellas que su postura adquiere una posición asimétrica sorprendente, considerando que cualquiera que sea la influencia que la ideología

pueda haber tenido sobre la ciencia, ésta acabó en septiembre de 1946, cuando la auténtica ciencia, la ciencia darwiniana, comenzó de nuevo.

La tesis del Sr. Degler está defendida tan poco sistemáticamente, y está tan cerca de su razón, que casi puede dejarse como colateral de su rica y estimulante exégesis de numerosos y diversos textos de ciencia social, tanto viejos como actuales. Su contenido histórico es importante para los debates contemporáneos sobre raza, género o etnias.

Y efectivamente, después de seguir al Sr. Degler a través de las oscilaciones del péndulo herencia-medio parece claro que la última cosa que necesitamos en nuestra sociedad actual es una enconada confrontación entre los renacidos darwinistas sociales, dispuestos estigmatizar grupos genéticamente inferiores en nombre de la ciencia dura y de la libertad de expresión, y los renacidos deterministas sociales, deseosos de homogeneizar el mundo en nombre de la justicia social y de la igualdad de derechos. El pluralismo y valoración de la diferencias, es la primera víctima de tales confrontaciones, pues es rechazado por ambos bandos. La jerarquía, inherente a la excelencia, es la segunda víctima, al

ser despreciada como generadora de la opresión. Y la justicia es la tercera víctima, dado que el tratamiento uniforme es a menudo injusto, como Anatole France captó bien en su irónico comentario acerca de la mayestática igualdad de la ley francesa, que prohibía a los ricos y los pobres por igual dormir debajo de los puentes de París.

¿Podremos compaginar las diferencias, la justicia, la excelencia, la solidaridad y la decencia dentro de nuestro tejido legal y moral? ¿Puede nuestra sociedad plural aprender a sentirse confortable con la diversidad? Está por ver. Dado que nuestra democracia liberal asiste expectante al comienzo de otro asalto de los debates acerca del pluralismo, multiculturalismos, y diferencias grupales, nos incumbe el comprender por qué tales debates son tan difíciles, penosos, amenazantes, a veces moralmente aborrecibles, y por qué y en qué términos debemos no obstante tenerlos. El libro comentado es una introducción indispensable y sólida para el debate.

Revisado por Richard A. SHWEDER
Traducido por José MUÑIZ,
Departamento de Psicología,
Universidad de Oviedo.